

## Libertad femenina y norma (\*)

Lia Cigarini

Yo soy abogada, jurista. Partiré, pues, de mi experiencia y de la elaboración teórica que he hecho junto con otras, para afrontar el tema de la libertad femenina y de la norma. Me doy cuenta de que es un punto de vista parcial, pero considero esencial para la práctica de las mujeres decir desde dónde se habla, dónde se sitúa cada una.

Al plantear la cuestión del ser mujer, de la identidad femenina, empezamos a luchar en el terreno de la diferencia, que es el terreno de la libertad femenina, porque a una mujer la libertad le corresponde a causa de su ser mujer y no a pesar de su sexo. Si yo digo, soy una mujer, y a partir de esta materialidad afirmo mi libertad, es distinto de decir: el principio de igualdad y de libertad debe valer para hombres y mujeres.

Sin embargo, se ha consolidado también entre mujeres una idea curiosa: la igualdad con el hombre me asegura la libertad, tengo que trabajar a cambio de cancelar mi ser mujer, si no me quedo fuera. Para nosotras, juristas de la diferencia, esto constituye un problema enorme porque ha llevado a una proliferación de leyes de igualdad y de tutela. Las leyes de tutela, como sabéis -la ley de maternidad, por ejemplo-, al mantenerse en el orden existente, inferiorizan a las mujeres en el mercado de trabajo. Las leyes de igualdad dejan caer la cuestión de la diferencia y sustentan el principio de que las mujeres, para trabajar, tienen que ser como los hombres.

El dilema es siempre el mismo: o entrar en el mercado de trabajo y perder la identidad femenina o seguir vinculada a ella y ser expulsada del mercado o no entrar nunca en él. Las leyes emancipadoras de paridad o de igualdad de oportunidades que algunas feministas han considerado que superaban las leyes de tutela están, en cambio, a mi parecer, íntimamente relacionadas con ellas porque no dejan que las mujeres salgan del dilema que he resaltado antes. Es por esto que yo hablo de crear vacíos en el derecho, es decir, de no hacer leyes para las mujeres: toda la legislación emancipatoria es, por una parte, inútil porque para sostener que a igual trabajo debe corresponder igual salario bastaría con la Constitución, que ya contiene este principio; por otra, porque esa legislación, por los motivos que he mencionado antes, niega la libertad femenina.

El concepto de libertad femenina es fundamental para el derecho femenino. Este, para llegar a existir, se encuentra con dos obstáculos: 1) la representación de la libertad femenina como ampliación del concepto de libertad elaborado por los hombres (en realidad, muchos y muchas hablan de libertad en femenino), y 2) la dificultad para identificar y registrar el conflicto entre los sexos en las relaciones sociales.

Incluso en el derecho matrimonial, en el que existe la pareja hombre o mujer, se habla de familia, de cónyuges. No se resalta, pues, la diferencia en la pareja. Es evidente que quien razona en términos de igualdad tiende a eludir el conflicto entre los sexos, a no registrarlo.

Es corriente, en mi opinión, representar la libertad femenina como extensión del concepto de libertad elaborado por los hombres, porque hay entre las mujeres, especialmente entre las políticas de profesión, que son las que hacen las leyes, una poderosa atracción por esos universales que son los conceptos de igualdad y de libertad elaborados por el pensamiento masculino.

Si nos liberamos de esa representación, nos parece que no nos queda nada en las manos. No es verdad. Hemos experimentado que, cada vez más, los deseos femeninos de afirmación necesitan ponerse en relación con los de otras mujeres, y que hay cada vez más espacios en los que podemos definirnos y dar sentido a nuestro ser mujer y entre mujeres.

Esta es, a mi parecer, la modalidad de la libertad femenina. Cuando se encuentra el modo, la palanca, que es la relación entre mujeres, la mediación femenina, pienso que se puede afirmar que ha venido al mundo la libertad femenina. Se afirma, por tanto, como libertad relacional no individual. Al afirmar este concepto de libertad relacional entramos en conflicto con la idea hoy corriente de libertad, entendida como conjunto de derechos asignados a un individuo/a para que se defienda de la sociedad, para que pueda actuar. Y entramos también en conflicto con la idea anarquista de libertad: el individuo sin ley y sin limitación alguna porque en la relación de la que hablamos nosotras hay vínculo, intercambio y medida.

A este punto hemos llegado a la mediación femenina, que es, para mí, la sustancia de la política de la diferencia. Es decir, ponerse en relación con la otra para realizar el propio deseo en el mundo, para potenciarlo y para modificar el orden masculino existente. Como quizás sabéis, a esta relación la hemos llamado *affidamento*, con el fin de destacar: a) la relación de confianza con la otra mujer que, más que el hombre, es la que puede ayudar a realizar nuestro deseo; b) la autoridad que le reconocemos a la otra, a su palabra y a su saber, y c) el significado de una relación reencontrada y modificada con la madre.

Yo, junto con otras juristas, he empezado a practicar el *affidamento* en los procesos, que son la actividad de mi profesión de abogada. Hablaré, pues, de mi práctica del proceso y ésta, al confrontarla con vosotras y con vuestras prácticas, nos permitirá sacar alguna conclusión más general.

Hemos elegido preferentemente las causas de derecho matrimonial, donde es más claro el conflicto entre hombre y mujer, y las causas de derecho laboral, donde las mujeres entran a menudo en conflicto con su propia organización sindical, que tutela sobre todo a los hombres. El proceso es un terreno interesante porque es la contradicción extrema: dos partes que pueden ganar o perder una causa; la solidez del derecho existente se rompe. Siempre, por lo demás, que esté en juego la relación entre mujeres y deseos femeninos concretos. El deseo de una mujer que quiere defender sus propios intereses frente a los de un hombre, y para ello recurre a una abogada mujer que considera más competente que un abogado hombre. La abogada que acepta únicamente la defensa de mujeres manifiesta lealtad hacia su sexo, en contra de una idea masculina de la profesionalidad, y manifiesta también confianza en el saber femenino asociándose con una abogada mujer en una relación de *affidamento*: ella sabe más que yo y puede hacer más eficaz mi deseo en el mundo (ganar esa causa concreta). De este modo, no sólo se vuelven más visibles socialmente las relaciones significativas entre mujeres, sino que hay también una verificación. Se puede perder o ganar. Se es, en cualquier caso, medida.

Nuestro proyecto es usar el derecho existente para producir un derecho nuevo y abrir espacios vacíos a nivel legislativo (como, por ejemplo, la despenalización del aborto, la acusación particular para la ley sobre la violencia sexual y, más en general, sexualidad, maternidad y relaciones afectivas, de las cuales debe retirarse el derecho), con el fin de que el derecho femenino pueda nacer y consolidarse.

En la práctica del proceso, como he dicho antes, hay un intento de crear una relación entre valor -valoración del sexo femenino, de su saber- y la eficacia y fuerza de los deseos femeninos. Valor, eficacia y fuerza son la condición para producir derecho originario.

La diferencia entre este proceder político, que parte del deseo femenino, del saber y de la autoridad femenina, y el de hacer en el Parlamento leyes para mujeres con intención de igualarlas a los hombres, es patente y clara. El por encima de la ley es, pues, el lugar de la existencia simbólica, el lugar de la autoridad que yo les reconozco a otras mujeres y que me reconozco.

La posición de por encima de la ley no es de todos los grupos sociales. La fórmula "por encima de la ley" surgió en un intercambio de ideas entre Luisa Muraro y yo. Yo, hablando del campesinado francés que, desde el tiempo de la Revolución, es considerado por el Estado un poco "por encima de la ley" (porque aseguran la autosuficiencia agrícola y alimenticia de Francia, que es la verdadera fuerza económica de ese país) de modo que, cuando se movilizan en protesta, el Estado da siempre un paso atrás; dije entonces que también las mujeres, que como madres dan la vida, deberían, en tanto que posición simbólica, configurarse "por encima de la ley" en vez de recurrir a la ley para reclamar, reivindicar y pedir.

Luisa, que está estudiando a Margarita Porete, una beguina muerta en la hoguera, recordó entonces que ésta, en su hermoso libro, afirma varias veces "por encima de la ley, no en contra". Esta es la postura de los místicos. La posición "contra la ley" es muy propia del derecho masculino, mientras que si se tiene como fuente del derecho la genealogía materna, la madre, en la figura simbólica que le hemos dado de la "relación con la otra", se crea una subversión del orden simbólico dado, del cual el derecho es una parte grande.

(\*) Introducción a un conversatorio organizado por la revista **Duoda** (núm. 8, 1992) en el que participaron, además, Eulalia Lledo, Victoria Sendón, Monserrat Guntín, Encarna Sanahuja, entre otras.